

Al manifestar su dolor por los males que van á afligir á Jerusalén, Jesucristo indica su causa, y es la de no haber conocido el tiempo de su visitación. Los males que afligen á las naciones son casi siempre castigos de la Justicia divina. La ley del pueblo judío nos presenta las promesas y amenazas de Dios, y su historia nos prueba su realización constante. Leed en los profetas las desgracias predichas á Damasco, á Tiro, á Nínive, á Babilonia y al Egipto, á causa de sus crímenes, y veréis que todas estas predicciones han ido siempre seguidas de su cumplimiento. Seguid, con las profecías en la mano, las venganzas del Señor contra los imperios que sucesivamente habian provocado su cólera; considerad al Eterno transportando, como él mismo dice, los reinos de una en otra nación, por sus iniquidades, castigando á la Asiria por medio de la Caldea, á ésta por la Persia, á la Persia por la Grecia, á la Grecia por Roma, y á esta última por medio de los bárbaros. Ved cómo todas las naciones más florecientes pierden su gloria y hasta sus costumbres. ¡Y somos tan ciegos, que imaginamos ver el origen de estas revoluciones, que tanto nos asombran, en causas puramente naturales! ¡Y no conocemos que estas causas, secundarias en sí mismas, son otros tantos medios de que la Providencia se vale para ejercer su terrible justicia! Cuando las iniquidades de los pueblos, amontonadas sobre su cabeza, llegan hasta el cielo, entonces cesa la paciencia de Dios, porque ha llegado á su término, y empieza su venganza. Dios no hace más que entregar á las naciones á sus propios crímenes, que son los que constituyen su primer castigo.

¡Ay! para probar esta gran verdad no es necesario recurrir á ejemplos remotos, pues los tenemos en nuestros dias bien auténticos y deplorables. Recordemos lo que hemos sido, y veamos lo que hoy somos. Consideremos de cuántos crímenes somos culpables, ó por mejor decir, de cuán pocos estamos exentos. Á todos los desórdenes que habian afligido á los siglos precedentes, el nuestro, más desgraciado aún, ha añadido otro más funesto todavía. El libertinaje de espíritu ha venido á aumentar, á fortalecer y á hacerse inseparable del libertinaje de corazón. Los errores que habian afectado á las generaciones pasadas, dejaban siquiera en los espíritus ideas de religión y principios de moral, y aun atacando los dogmas del Evangelio, dejaban á salvo sus reglas; pero la incredulidad, ese monstruo de nuestros dias, ha venido á quitar á los hombres todo principio, todo yugo, toda virtud y hasta á suprimir á Dios. ¿Cuál es la pasión de que se han ruborizado los hombres, ni qué autoridad ha merecido su respeto? Cuando consideramos, por una parte, los desórdenes en que la falta

de toda creencia religiosa habia sumido á nuestra nación, y por otra, el triste estado á que hoy se halla reducida, ¿podemos dejar de conocer la causa y su efecto; es decir, el crimen y su castigo?

Conservad cuidadosamente vuestro amor á la religión y vuestro respeto á sus antiguas y santas máximas. Contemplad y ved en lo que para el pueblo que las abandona. Las virtudes mantendrán la feliz sencillez de vuestras costumbres, conservarán vuestra preciosa unión, sostendrán vuestra sumisión á la autoridad que os gobierna, y siendo éstos constantemente los principios de vuestra conducta, serán al mismo tiempo la prenda de vuestra felicidad. *Amén.*

## LA CASA DE ORACIÓN CONVERTIDA

### EN CAVERNA DE LADRONES

*Domus mea domus orationis vocabitur; vos autem fecistis eam speluncam latronum.*

MI casa, casa de oración será llamada: mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.

(S. MATH. c. XXI, v. 13.)

¡Qué extraño y singular espectáculo, hermanos míos, nos presenta el Evangelio en este pasaje! El Dios salvador, cuyo corazón no late sino con las emociones de la bondad y del amor, cuya mirada es tan tierna, tan dulce su palabra, tan simpática su fisonomía y tan afectuosa su mano; El, cuyo continente no anuncia más que mansedumbre y compasión, que responde con beneficios á las ofensas, á las calumnias con silencio, á los insultos con una paciencia inalterable, á las blasfemias con el perdón, se muestra repentinamente ardiendo en indignación, con la frente amenazadora, los ojos centelleantes y el gesto severo; después se arma de un azote, pega, hiere



y rompe golpeando á derecha é izquierda, sin distinción, sin miramiento, á los que venden y compran en el templo los objetos necesarios al culto; arroja á los cambiantes, esparce por tierra el dinero, dispersa á las víctimas y pone en fuga á la multitud de profanos. ¡Qué enormidad debe ser profanar el templo de Dios, puesto que este crimen inspira tal celo, tal indignación en Dios! ¡Qué crimen, cuando el Juez cree deber castigarlo por su propia mano, y lo hace con tanta prontitud, tan severa, tan pública y tan solemnemente, sin admitir excusa, sin esperar el arrepentimiento, sin mostrar piedad!

Por eso al mismo tiempo que el Salvador arroja y pone en fuga con el azote en la mano á la turba, grita con el tono de la indignación y venganza, según los Evangelistas: «Escrito está: mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.»

He aquí cómo el Señor, hermanos míos, ha querido darnos la verdadera idea de nuestros santos templos. Veamos, pues, analizando estas palabras, mi casa es casa de oración, la reverencia que se debe al templo de Dios, á fin de evitar toda irreverencia y profanación. *Ave María.*

Cinco días antes, hermanos míos, que nuestro bien amado Salvador se hiciese inmolado como Víctima por nosotros, después de haber hecho su entrada triunfal en Jerusalén, entre las aclamaciones de todo un pueblo, como nos refiere San Mateo, se fué inmediatamente al templo. No nos sorprendamos, nos dice San Juan Crisóstomo; el templo de Dios, hasta para Dios mismo, es la verdadera casa de oración. Correspondía, pues, á Jesucristo, Hijo amante, Hijo consubstancial de Dios, dirigirse á la casa de su eterno Padre para rogarle y ofrecerle un culto y un homenaje público. Y vosotros también, cristianos, aprended de este ejemplo del Salvador, y en cualquier pueblo á donde lleguéis, dirigid vuestros primeros pasos á la Iglesia, á la casa de Dios, nuestro Padre celestial, para ofrecerle el homenaje de vuestra oración, de vuestra adoración, de vuestro amor.

¡Cuán bella y profunda es esta alegoría en que Dios mismo nos da la verdadera idea de su templo, llamándole «la casa de oración!»

Penetrémonos bien del sentido de esta palabra. Observemos ahora que la palabra *oración* es un término genérico, que expresa, no solamente la súplica, sino la adoración, la alabanza, el sacrificio y todo acto de culto de parte del hombre para con Dios. Luego el templo casa de oración significa que, si bien toda la tierra, como dice San Agustín,

es un vasto templo donde Dios puede recibir los homenajes y escuchar las oraciones de los niños y de los hombres, los templos que se ha hecho erigir los ha elegido, dice el Profeta, como un lugar que le pertenece particularmente, que le ha sido exclusivamente dedicado y consagrado, donde ese Dios, que tiene su corte en el cielo, recibe particularmente las oraciones, los homenajes, las adoraciones y los sacrificios de los habitantes de la tierra. Y, en efecto, en el templo es donde los hombres, reuniéndose, se olvidan de ellos mismos para no ocuparse más que en Dios y en la religión, elevándose más allá de los sentidos y penetrando á través del velo que cubre la Divinidad, deponiendo los grandes el fausto de su pasajera grandeza, é inclinándose ante la grandeza suprema. Allí es donde todos los rangos de la sociedad, todos los estados, todas las condiciones, hombres y mujeres, niños y adultos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, vasallos y monarcas, seglares y sacerdotes, se confunden sin distinción, formando un solo pueblo ante Dios, y Dios sólo aparece grande y es de una manera sensible reconocido, confesado, adorado como el Dios de todas las condiciones, de todos los estados. Allí es donde el Señor y Maestro de todos recibe un culto público, solemne, reúne todos los corazones en el amor de un Padre común, de un común Soberano, recibe un culto que, siendo la reunión de todas las adoraciones particulares, forma como una adoración universal y pública. Allí es donde aparece verdaderamente Dios. Por eso la Iglesia, inspirándose en los oráculos sagrados, no cesa de dirigirnos esta exhortación: Venid, adoremos al gran Rey por quien todo tiene vida en el universo. Venid á mezclar vuestras adoraciones con las de los ángeles, porque del templo, como de su palacio terrestre, nuestras oraciones se elevan á su palacio celestial.

Pero *oración* significa también *sacrificio*, porque, en efecto, si el primero y mayor sacrificio del hombre á Dios es humillarse, inclinarse ante El, rogarle como Príncipe, Manantial, Maestro y Arbitro de todo bien, hay en eso, dice Clemente de Alejandría, lo que puede llamarse, según San Pablo, el sacrificio de los labios. El templo, casa de oración, es, pues, el lugar donde debemos ofrecer á Dios el sacrificio de alabanza.

La oración comprende también el sacrificio inmolación real, porque el sacrificio es el acto de latria, es la adoración, la oración por excelencia. Luego cuando Dios afirma que el templo es la casa de oración, exige de nosotros que vayamos al templo para ofrecerle un sacrificio. En efecto, de toda la inmensa multitud de judíos que tres veces al año, según la ley de Dios, venía de la Palestina á rogar en



el templo de Jerusalén, no había uno que no ofreciese un sacrificio. Así, en las vastas explanadas del templo se vendían en gran cantidad, no solamente bueyes y corderos, sino palomas y tórtolas, para que el pobre que no pudiese comprar el buey ó el cordero, pudiese al menos comprar la paloma ó la tórtola, porque de esta manera no hubiese quien dejase de ofrecer su sacrificio, puesto que la ley había prescrito que no se presentase nadie ante Dios con las manos vacías.

Debemos, pues, presentarnos en el templo con la disposición santa, generosa y determinada de que estaba animado el Profeta, cuando decía: «Si queréis de mi un sacrificio, estoy pronto á ofrecerlo».

Pero ¿cuál es el sacrificio que Dios exige de nosotros en el templo? ¿Puede ser el de las cosas exteriores y sensibles? No, esos holocaustos, á los cuales ha sucedido el grande y sublime holocausto de su Hijo en la cruz, perpetuado en la Eucaristía, no le son ya agradables. El sacrificio que nos pide, que no rechaza, que le es siempre agradable, es el de nosotros mismos, que debemos unir al sacrificio de su Hijo, ofreciéndonos á El y con El; es el sacrificio de un espíritu inclinado por la humildad, de un corazón henchido de contrición y amor. Por eso debemos, con el Profeta, añadir esa oración que Dios acepta con la misericordia y bondad que prodiga á la nueva Sión, á la Iglesia, levantar un muro de división entre la mística Jerusalén de nuestro corazón y las profanas inclinaciones del mundo, y entonces, recogidos y concentrados en nosotros mismos, podremos deponer en el altar nuestras pasiones y nuestros vicios, é inmolarnos á Dios en sacrificio de justicia y de santidad.

Pero esa expresión parabólica con que Dios ha designado el templo, llamándole casa de oración, encierra otro sentido, fuente abundante de confianza y de consuelo para nosotros. Significa que como el templo es el lugar donde la Divinidad pide sea particularmente honrada, aunque toda la tierra sea el templo de Dios y el teatro de la divina misericordia, el templo es el lugar en donde Dios se complace más en ejercer esa misericordia y en hacerla reinar como en su propia casa, la habitación que prefiere y en fin, que ha hecho del templo el trono de su majestad y el santuario de su amor. En efecto: el amor le hace descender y permanecer en esos edificios materiales. Luego si en el cielo, Señor y Arbitro del mundo, prepara sus rayos, enciende el fuego vengador y lo envía á devorar la tierra, cuyos crímenes han llegado al colmo, al contrario en los templos, todo amor, no medita más que deseos de amor, de paz y misericordia. En el cielo ejerce la justicia, en el templo la clemencia y la piedad. En el cielo amenaza al pecador con el castigo, en el templo le ofrece el perdón. Desde el

cielo hace llover el fuego que hiere y arrasa, en el templo derrama el bálsamo de la piedad que cura y restaura; y es porque en cualquier otro lugar ha fijado una mirada escrutadora y vengadora de la molicie de los hombres, y en el templo particularmente ha depositado su amor.

He aquí por qué también ha dicho que el templo es la casa de oración. Ha querido mostrar que allí ha establecido, no solamente un trono de gloria para El, sino también un lugar de consuelo, de asilo, de misericordia, y de gracia para los hombres. Si, Dios concede las gracias al mérito de la oración, y las que escucha más favorablemente son las que se le dirigen en el templo.

En el cielo es necesario merecer las gracias, aquí hasta pedir las. Los votos formados al pie de los altares son particularmente los que, llevados en manos de los ángeles, atraen fácilmente las miradas de Dios y alcanzan sus gracias y bendiciones. En el cielo las gracias se distribuyen con peso y medida; en el templo, el amor divino las derrama con profusión. Allí, sólo las almas privilegiadas son admitidas á presentar sus oraciones á Dios y esperar los efectos de ellas; aquí se les admite á todos sin excepción, aun á los pecadores. La Iglesia es, pues, no solamente la sala del trono donde el Rey de los cielos recibe todos los homenajes, sino la gran sala de audiencia donde escucha todas las súplicas. Aquí no se necesitan títulos ni escudos nobiliarios; no hace falta ni hombre poderoso que os recomiende, ni introductor que os presente; el Rey de la misericordia y de la bondad les admite á todos para exponer sus necesidades, é implorar sus socorros; nadie es rechazado, ninguno excluido; aquí, como El ha dicho en el Antiguo y Nuevo Testamento, sus ojos están abiertos para atender á las necesidades de todos, sus oídos están atentos para escucharlo todo, su mano pronta para socorrerlo todo.

Es verdad que no vemos en nuestros templos esos prodigios exteriores y sensibles de poder, de majestad, de terror y de espanto que tenían lugar en el templo de Jerusalén; pero en cambio se operan prodigios de gracia y misericordia en lo más secreto de los corazones, y esos prodigios, por estar velados y enteramente ocultos, no son menos sorprendentes y preciosos. Cuando el cristiano está agobiado por el peso de la tribulación y de la vida, va á llamar á la puerta de una iglesia, cae de rodillas, reza y con la oración se eleva hasta el cielo. En el recinto de esos muros santificados por la presencia de Dios, su alma respira una atmósfera de santidad y gracia que no puede penetrarse ni respirarse sin sentirse aliviado. Si es verdad que de las reuniones profanas, de los bailes y los teatros se sale siempre menos



hombre, al contrario, de nuestros santos templos, cuando se ha estado con la modestia y el recogimiento conveniente, se sale siempre más cristiano. Dadme al más pecador, al más vicioso, al más obstinado; hacédle entrar en el templo y que permanezca algunos instantes como cristiano, y es imposible que no sienta nacer en su corazón un secreto disgusto de su mala vida, un atractivo por la virtud, un desco de conversión, una esperanza de perdón y de salud; y si quiere corresponder á esta primera gracia, se ha convertido, se ha salvado. ¡Ah! Casa de oración significa que no solamente es allí donde debe orarse, sino donde la oración es atendida. Pero no, me engaño; hay una oración que no es acogida en ninguna parte, ni aun en el templo; una oración prohibida terminantemente por Dios mismo: la que se haga por la salud de los profanadores del templo, puesto que Dios mismo dijo: Profeta, no ruegues á Dios por Israel; la voz de la venganza que se eleva hacia Mí á causa de sus profanaciones, habla contra ellos; en vano la voz de vuestras lágrimas hablará en su favor. Israel no es ya mi pueblo más que para insultarme hasta en mi casa. Pues bien, Yo no soy ya su Dios más que para castigarlo.

He ahí como significa también que el templo es casa de oración: por eso el pecado de los que le profanan es grande y horrendo. En el foro de la justicia humana no hay atentado más injurioso para el príncipe, que el que se comete contra él en su presencia, en su mismo palacio; porque es una violación de su morada y un ultraje á su persona, que prueba el desprecio á la majestad y el poco miedo á la justicia. Pues tal es el crimen del que comete irreverencias y profanación en el templo.

Por eso el castigo corporal y visible que Jesucristo infligió á los judíos profanadores del templo, no fué nada en comparación del castigo espiritual é invisible con que los hirió cuando quiso que Jerusalén, su patria, fuese envuelta en las ruinas del templo que habian profanado, y que fuesen arrojados del templo espiritual de su Iglesia. Así también, en el tiempo presente, los castigos temporales y visibles que Dios envía al mundo, no son nada en comparación de los espirituales é invisibles con que castiga la profanación de sus templos.

Reflexionad pues seriamente, hermanos míos, cuando es tiempo aún. Comprended bien que la indiferencia en el templo lo hace inútil para vosotros, y la profanación lo convierte en un lugar funesto; y que si el respeto en el templo ha de ser vuestra salud, la impiedad y la ausencia de él será vuestra perdición. Temed por vuestra fortuna, por vuestra reputación, por vuestra familia, por vuestra persona, y

sobre todo por vuestra alma. Renunciad más bien á venir á la iglesia, porque eso será menos malo que venir á la casa de Dios y atraer sobre vuestras cabezas los más terribles castigos.

Pero no; quiero más bien que vengáis á este santo templo, aunque con disposiciones y sentimientos diferentes de los que habéis traído hasta ahora. No, Dios no quiere perderos, Él, que se inmola todos los días en el altar por vosotros. Venid con el arrepentimiento de las irreverencias pasadas; venid con la humildad del espíritu, con la modestia de los ojos, con verdadero recogimiento, con sentimientos de piedad y de religión. Empezad agradando á Dios con vuestro dolor en el mismo lugar donde le habéis ofendido con vuestras alegrías culpables. Confesad con amarga contrición el detrimento que le habéis causado tantas veces; compensad con vuestro ejemplo el honor que le habéis arrebatado, el respeto que por vuestra falta ha dejado de obtener, y en este mismo templo donde vuestras irreverencias no os habrán preparado más que castigos, encontraréis gracia, misericordia y perdón, y, reconciliados con Dios en el tiempo, podréis gozar eternamente de dulce y amable compañía en la gloria. Así sea.

## EL LAVATORIO DE LOS PIES

*Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum  
feci vobis, ita et vos faciatis.*

Os di el ejemplo, para que hagáis del mismo modo que lo hice con vosotros.

(S. JUAN, c. 13, v. 15.)

Los judíos carnales y ambiciosos, aquella tropa de gente cruel y maliciosa, que Dios habia consentido en el mundo, para hacer por ella la más magnífica ostentación de su poder y justicia, no tuvieron luces para discernir que las promesas hechas á Jos antiguos padres de la ley, sobre la venida y grandeza del Mesías, debían cumplirse por un medio y modo enteramente opuesto á su soberbia, ambición



y locura. Ellos creían vanamente que había de renovarse en aquel entonces la opulencia toda que adquirió el reino de Judea en tiempo de David y Salomón; que su imperio se había de fundar sobre las ruinas de las demás naciones, y que las victorias, tan repetidas veces insinuadas en los divinos oráculos, les darían amplio derecho para oprimir á todos sus enemigos. Aquellos gloriosos epítetos de *príncipe del siglo*, *terrible*, *Dios fuerte*, *Señor de los reyes de la tierra*, y otros admirables títulos aplicados á nuestro soberano Redentor por el Espíritu santo, fundaron en la nación réproba una firme, aunque falsa persuasión de poner bajo su yugo y voluntad á todo lo criado, en el mismo instante en que se hiciese compañera y cohabitadora suya la Sabiduría que había de bajar de los collados eternos.

Pero las almas santas, aquellas que sin apartarse de la justa idea que tenían formada del carácter del verdadero Mesías, penetraron en el espíritu sencillo de las antiguas predicciones, si bien estaban seguras de su venida, jamás creyeron que sería un Dios que hablase como en otro tiempo en medio de las llamas; un juez severo que por la falta más tenue hiriese con un rayo de su diestra á tantos Ozas imprudentes, y finalmente un tirano que cautivase para servicio de los judíos á todas las generaciones. Sin más que registrar los lugares más obvios de Isaías, historiador verídico de su venida, conocían con evidencia que su Rey glorioso había de ser manso y apacible, que Jerusalén no debía prometerse otro esplendor, que el establecer unas máximas de abnegación y de humildad; y, finalmente, que ordenándose los fines del Redentor á traer todos los pueblos al conocimiento de su persona, no de otro modo podía verificarse esta reunión portentosa, sino por medio del abatimiento, como dice San León.

En efecto, hermanos míos, luego que, según el Apóstol, apareció la benignidad de nuestro Redentor, para consumir la obra grande y más interesante para nosotros, hasta que dió por concluido semejante ministerio, se empleó solamente en repetidas obras de humildad. Esta virtud sola parece que era necesaria á su augusto carácter de Salvador. Ya había muchos siglos que la humildad santa era desconocida y despreciada: los hombres amantes de sí mismos huían de semejante práctica, en cuanto se oponía á su amor propio; y si entre ellos había alguno que fuese humilde, se desdeñaban los demás, dice San Agustín, de imitar su ejemplo. Era pues necesario que el mismo Dios se humillase, para que conociendo los hombres su grandeza en la misma humillación, conociesen claramente la gloria que les resultaría de seguir su ejemplo, prescindiendo aun de los actos humildes que practicó en toda su vida. Ya me parece que estáis contemplando á

Jesucristo como lava los pies á sus discípulos. El Hijo de Dios vivo no podía ser humilde de espíritu, porque conociéndose á sí mismo, no hallaba cosa alguna en su persona que fuese acreedora del desprecio; fué humilde de corazón, porque después de haber tomado la forma humillante de siervo, quiso ser el oprobio de los hombres, y hoy se postra delante de sus criaturas. El ejemplo, pues, de Jesucristo nos obliga á ser humildes de corazón; pero como, colocado á los pies de los discípulos, nada pierde de su grandeza, antes ella misma adquiere un nuevo lustre, nos da á conocer con evidencia que en la humillación consiste precisamente nuestro mayor encumbramiento. Mi designio es probaros que, así como Jesucristo es grande en medio de la humillación del lavatorio, del mismo modo los hombres son grandes cuanto más se humillan. Imploremos los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*

La soberbia ha sido en todos tiempos la caída más peligrosa del hombre: formado éste por la mano poderosa del Excelso para ser árbitro de todo lo criado, conservó en su corazón estas primeras impresiones de su origen; hallando continuamente en su interior los dictámenes secretos de su excelencia, que no borró del todo su fatal caída, se entregó muy al principio á ideas tan lisonjeras, que pretendió elevarse de grado en grado hasta el trono augusto de su Hacedor omnipotente. El hombre mismo tuvo el loco pensamiento de que se le tributasen los honores que se deben á Dios solo, y el universo todo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes había visto nacer, y que eran muy posteriores á su existencia. De aquí principió aquella sed insaciable, con que los infelices mortales corren presurosos en pos de la ambición y grandeza, en donde colocan á su parecer todo el cúmulo de sus felices esperanzas. Los judíos sólo suspiraban por un Mesías carnal, que sometiendo á todas las naciones, las hiciese tributarias de Jerusalén. Los filósofos pedían el remedio de sus males por los vanos esfuerzos de una razón enferma; y el mundo, finalmente, estaba persuadido de que la grandeza del Mesías consistía tan sólo en un fausto exterior.

Mas la conducta de Jesucristo debía ser enteramente opuesta á unas ideas tan poco conformes con sus misterios principales; persuadido firmemente de que la humildad santa es la que con propiedad convenía tanto á su carácter como á la esencia del cristianismo, desprecia al parecer todos los visos de majestad y grandeza, y abraza gustosísimo los mayores abatimientos. Si venía á dirigir al hombre pervertido y extraviado por el orgullo, era necesario é indispensable



que la redención se hiciese por el camino de la humildad. Si aquel se había precipitado por la sugestión de un ángel soberbio, sólo podía repararse su fatal caída por un humilde mediador, que le inspirase unas máximas tan sanas como santas. Finalmente era necesario que, instruidos los cristianos en la unión hermosa de la soberanía y humildad, que el Redentor acreditó en todas sus obras, y con especialidad en el acto del lavatorio, quedasen enteramente convencidos de que la gloria verdadera se cifra precisamente en la humildad. Recorred si no todos los pasos de su vida, y notaréis con asombro estas dos cualidades unidas con la armonía más prodigiosa. Si nace en un portal desvalido y expuesto à las inclemencias de un tiempo el más cruel, los ángeles pueblan los aires de acentos armoniosos y publican con gozo que su nacimiento en la tierra no sólo es grato al Excelso, sino que une à los hombres con su Padre con pacto sempiterno é inmutable. Cuando ofrecido en el templo pretende confundirse con los pecadores, un anciano justo y una mujer santa declaran su futura grandeza, y esperan con rostro alegre el fin dichoso de sus días, después de haber visto al que llaman luz del mundo, salud de las naciones y gloria de Israel. Nada importa que pida é inste al Bautista para que ejecute en su persona lo que practicaba en las riberas del Jordán; el Hijo de Zacarías se postrará en su presencia, y el cielo todo dará à conocer con la mayor claridad que es el Primogénito de toda criatura; sólo trata en el Tabor de su pasión sacrosanta, é inmediatamente le ven los discípulos rodeado de una luz hermosa que hacia brillar su rostro divino.

Pero en la ceremonia de que os hablo parece que se halla cubierto con el velo de los más profundos abatimientos, sin manifestar vislumbre alguno de su gloria. No se deja ver ahora poderoso en obras y palabras, ni poniendo con sus milagros los inmuebles fundamentos de la ciudad santa en la tierra. Si antes le habían admirado los discípulos como profeta prometido por Moisés, un Dios de justicia anunciado por Joel, una luz viva cuyos hermosos brillos dirigían à los que caminaban ciegos por la región lúgubre del pecado, como manantial fecundo de salud para los enfermos, de consuelo para los adigidos, de doctrina, bondad y misericordia para con todos los hombres; nosotros le contemplamos en estos momentos como una criatura de la más infima esfera, y que sólo acredita palpablemente el heroísmo del abatimiento.

Colocado à los pies de sus discípulos se despoja, si me es lícito hablar así, de su divinidad misma; pero esta humillación es la que conviene con toda propiedad à su augusta grandeza. Cuando reflexio-

na que es Hijo del Eterno Padre, engendrado antes que la existencia del firmamento y de los tiempos; cuando comprende los insondables tesoros de omnipotencia de que se halla poseído; cuando contempla que es el Dios terrible de Faraón, que tiene en sus manos los rayos y las tempestades, y que como jugando sostiene el universo; finalmente, cuando considera que es tan noble por su origen, tan grande por su gloria y tan tremendo por su potestad, es cuando se levanta de la mesa para lavar los pies. Más benévolo que Abraham, da à aquellos con quienes había conversado como huésped, la última y nunca de ellos esperada prueba de humildad. Miradme aquí, discípulos míos, les diría, miradme vuestro siervo, que se ocupa sólo en el lavatorio de vuestras plantas. Nada importa sea yo el mismo que me manifesté en otro tiempo à los patriarcas, para confirmarles en la esperanza de mi venida; à los profetas, para que la publicasen; y à quien toda la naturaleza esperaba impaciente para ser eximida de la maldición à que se había hecho acreedora por sus iniquidades. Los hombres extraordinarios que hubo en los siglos antecedentes, eran unas imágenes imperfectas de mi persona; el sacerdocio en Melquisedech, la cualidad excelente de padre de los creyentes en Abraham, el sacrificio de Isaac, Moisés mediador, Josué triunfante, eran unos toscos rasgos de mi grandeza. Yo llamé à Ciro por su nombre antes de su existencia, y santifiqué al Bautista para que me preparase los caminos. La Belén famosa me ha visto nacer en su recinto; las ciudades de Judea, los confines de Tiro y de Sidón, las infelices tierras de Samaria, han sido testigos oculares de mis prodigios; pero todos estos nobles epítetos los estimo en nada respecto de la gloria que me resulta en el acto mismo de postrarme à vuestros pies.

¡Qué lección tan grande para los espíritus soberbios! Vosotros que, llenos de una vanidad que no reconoce limites, recreáis vuestros oídos con los elogios lisonjeros que os tributan, presentaos llenos de rubor en el cenáculo. Los que os descomponéis de repente y dais à conocer en el semblante colérico el enojo que habéis concebido por el más tenue desprecio, advertid llenos de una confusión aombrosa, si se conforma vuestra conducta con la de Jesucristo. Los que pretendéis levantaros sobre vuestros mismos envilecimientos en la estimación de los hombres sensatos y de buen juicio; los que teniendo alguna superioridad sobre otros, los tratáis con altivez, habláis con imperio, os explicáis en su presencia con tono de autoridad, y los tenéis en una sujeción dura y dependencia del todo servil, mirad al Rey de la gloria que, puesto à los pies de sus discípulos, no disminuye en nada los rasgos magníficos de su grandeza. En una acción humilde



y baja respaldece más y más su augusta soberanía y majestad; el mismo confiesa, en persona del evangelista, que ha depositado el eterno Padre en sus manos todo el orden de lo criado, para disponer de ello según su arbitrio, y se atribuye al mismo tiempo la cualidad excelente y noble prerrogativa de señor y maestro.

Movido el grande apóstol San Pedro por un sentimiento de profunda humildad, exclama penetrado de un entusiasmo santo: *¿Vos, Señor, habéis de lavar mis pies?* Tú á quien sirve el ejército numeroso de los ángeles, y príncipe superior á todo lo del mundo, ¿te has de humillar, lavando con tus manos los pies de esta criatura, del infimo de los apóstoles, del pecador más indigno? El Verbo creador se ha de postrar ante su hechura, el que gobierna con impulso irresistible la gran máquina del universo, esas manos que son el depósito de la potestad de Dios Padre, las has de emplear en tocar los pies inmundos de unos hombres miserables? Nada menos, señor y maestro mio; no consentiré de modo alguno se emplee Vuestra Majestad en el vil oficio y ministerio de siervo. Tengo muy presente el modo admirable y estupendo con que se vistió de gloria vuestra humanidad en las alturas del Tabor, y resuelto estoy á no permitirlos tal exceso de humildad.

Suspended vuestra admiración, amados míos, y si os halláis sobrecogidos de temor, cuando veís al Redentor postrado á los pies de Pedro, renovad sin comparación vuestra sorpresa al contemplarle conmigo á los pies del pérfido Judas. Esto fué el mayor fondo de la humildad de Jesucristo, lavar los pies con el amor, propio de un padre tierno y obsequioso, á un hijo que habia de entregarle, cuyo vil y torpe delito maquinaba ya en su corazón, es un rasgo de abatimiento que cabe sólo en la idea de un Hombre-Dios. Advertid, no obstante, que luego que enjuga sus pies inmundos, imprime en ellos con sus labios el ósculo más cariñoso. ¡Dios grande! ¿qué es lo que hacéis? ¿á dónde os conduce una humildad sin semejante? Yo veo, hermanos míos, que los ángeles mismos se sorprenden en un todo, y apenas dan crédito á lo que advierten.

Embelesado con un raptó de humildad, no tiene embarazo en postrarse á los pies de un pérfido, y ¿todo esto para qué? ¡Ah! el mismo Señor lo declara en los términos más sencillos. Concluido el lavatorio y sentado segunda vez á la mesa, dirige á sus discípulos estas expresiones: vosotros me llamáis con toda verdad vuestro señor y maestro; si reconociendo, pues, mi dignidad y grandeza, os he lavado los pies, sea esta mi última lección, por la que os digo, que así como me habéis visto humilde y obsequioso ocultar toda mi soberanía, fijando mi principal cuidado en la humillación, donde me resul-

taba la mayor gloria, podéis inferir justamente, que cuanto sea mayor vuestra bajeza, tanto será mayor el honor que os resulte.

Si Jesucristo pues ha decidido que la mayor grandeza sea cifre en la humildad, esta sola expresión debia ser suficiente para que vosotros la guardaseis, convencidos de una máxima que es tan clara como su origen. El mismo Señor une el ejemplo al consejo y al precepto de esta virtud. En el tiempo crítico en que los apóstoles, todavía carnales y groseros, disputan fogosamente á quién se debe el primado de excelencia en esta vida, les declara en la persona de un niño, que la grandeza verdadera se funda en la humildad, como en una base firme é inmutable. De aquí adelante no se debe clamar con el Apóstol, que os humilléis en presencia de la augusta persona del Señor, sino que practiquéis las obras, de las que él mismo se os muestra hoy el modelo más perfecto.

Los hombres mismos habian instruido á su posteridad en muchas de las virtudes que forman el cuadro hermoso de la religión. Todas estas cualidades excelentes habian tenido su héroe: la penitencia en Adán, la fidelidad en Noé, la obediencia en Abraham, la paciencia en Job, la castidad en Josef, la mansedumbre en Moisés y el perdón de los enemigos en David: sola la humildad, sólo el heroísmo de humildad parece no podia ocupar otro lugar, sino en la persona de Jesucristo. ¿Qué mayor gloria para un cristiano que emplearse en una virtud, de la que el Verbo encarnado hizo una estimación tan imponderable? Si el suplicio de cruz, que anteriormente se reputaba por ignominia, adquirió un superior lustre después que padeció muerte en él el Redentor del mundo, ¿con cuánta mayor razón no ha de ser acreedor á todos los encomios el que siga las humildes huellas de este mismo Salvador? El impío Acab, aunque cubierto de iniquidades, obtiene la benevolencia del Omnipotente, cuando se presenta lleno de humillación. David, ceñido con la real diadema y lleno de la gloria que correspondia á un rey de Judá, nunca es más grande á la presencia del Dios de sus padres, que cuando se muestra humilde delante del Arca.

Entre el humilde y el soberbio se halla esta diferencia tan notable, que buscando el segundo la gloria, no la halla, encontrándola el primero sin buscarla, y aun sin apetecerla. El mismo Dios, cuyas promesas son superiores á todo evento, asegura con decreto irrevocable, que se dirigen sus desvelos á ensalzar al humillado y abatir al soberbio y altanero. No hubo otro pecado en nuestro primer padre que la soberbia, y esta sola fué la causa de que el Señor le despojase de los dotes con que su benéfica mano le habia ennoblecido, tanto á



él como á su descendencia. Los ángeles réprobos fueron objeto de la indignación de todo un Dios, porque quisieron compararse con aquel de quien habían recibido su existencia. Jamás se borrará de la memoria de los hombres la conducta del publicano declarando su miseria, cuando el altanero fariseo pedía casi por justicia la eterna patria, mereciendo las oraciones del primero un pronto despacho, y decretándose en el consistorio eterno la reprobación de las del segundo. Moisés se llena de pavor, cuando oye de la boca del mismo Dios las grandes empresas á que le destinaba; pero su humildad es la principal causa para asegurarle con toda certeza, que le hará la gracia de ser superior á los fuertes brazos de los poderosos de la tierra. La humildad es grandeza sólida, porque no tiene otro principio que el mismo Dios. Ella sujeta el entendimiento á las oscuras luces de la fe, é impide que se precipite en una culpable curiosidad: ella contiene á la esperanza en los límites de una confianza justa, eximiéndola, como á la del publicano, de una presunción vana: ella sola es la que formando en el hombre los primeros sentimientos de la caridad, le hace salir fuera de sí mismo: ella es en fin la que arregla las principales obligaciones de justicia, enseña la resignación con la voluntad divina, y mantiene la paz y unión entre los hombres por una dulce condescendencia: la humildad sola es la que hace comprender con evidencia las enfermedades del cuerpo, los errores é ignorancias en el espíritu, las pasiones y malignidad en el corazón, la corrupción en la voluntad, la propensión en el deleite y la inconstancia en el bien. Instruidos nosotros en unas máximas tan interesantes, clamaremos con instancia al augusto trono de la gracia, de donde saldrán en abundancia todos los socorros de misericordia, en cuya influencia se cifra nuestra grandeza verdadera. Semejantes sentimientos son los que exige Jesucristo de nosotros. La conducta misma del Redentor debe ser el blanco á que se dirijan nuestras miras. Si el Señor manifiesta su grandeza en medio de la humildad, sin duda nuestros abatimientos darán un lustre y nuevo realce á vuestras obras. Si, Redentor amable, dulce imán de nuestro cariño, todos los que hemos concurrido á contemplar el exceso de vuestro abatimiento, estamos resueltos á graduar nuestra conducta con un tan vivo modelo como vos. Si sois grande en medio de los excesos de la humillación, imitando nosotros vuestro ejemplo, adquiriremos un nombre memorable en la tierra y en la gloria. *Amen.*

## EL MANDATO

*Scio Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

Sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre; como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(S. JUAN, c. 13, v. 1.)

¡Que en fin te vas y nos dejas! ¿que se acerca ya vuestra hora? ¿qué por fin llegó ya el día de partir al Padre? ¿y que os habéis de ir por fin tan distante de la tierra? Pero tenéis mucha razón, Señor, tenéis mucha razón en hacerlo así; que si los hombres os pagan tan mal, si son tan ingratos á vuestras finezas, si son tan desatentos á vuestros beneficios, si son tan desconocidos á vuestros favores; ¿qué habéis de hacer sino dejarlos por sus ingratitudes, y buscar otra región donde tengáis otra correspondencia? Sean enhorabuena los ángeles los que gocen de vuestra vista; sean aquellos espíritus abrasados los que experimenten vuestro amor, supuesto que ellos son los que os saben dar la debida alabanza, y corresponder como es justo á vuestras finezas. Sean ellos, digo, en buen hora que gocen de esta dicha; y nosotros abandonados, desamparados y huérfanos en este destierro, experimentemos desde hoy el merecido castigo, ya que por nuestro pecado y nuestra maldad somos tan indignos de vos.

¡Mas ay, oyentes míos! no debe ser ésta la causa de nuestro llanto, no es éste el motivo por que Cristo se ausente de nosotros. ¿No oísteis poco ha el Evangelio que se cantó? ¿No atendisteis á las voces con que se explica en él el evangelista amado y amante? Pues sabed que la causa de ausentarse Cristo, el motivo de partirse hoy para el cielo, no fué nuestra ingratitud, sino su amor; no nuestro desconocimiento, sino su piedad; no la justa queja que tenía y podía tener de vuestras culpas, sino el deseo de manifestar á favor nuestro sus mayores finezas.



Su amor fué el que le obligó á dejar el manto; el que le hizo levantarse de la mesa; el que le movió á echar agua en el lebrillo; el que le indujo á ceñirse la toalla; el que le humilló á lavar los pies de los hombres; y finalmente, por el que, como si todavía no bastasen tantas pruebas de su fineza, instituyó para los mismos hombres un Sacramento soberano, en que nos dejó todos los regalos de su cariño y todas las dulzuras de su amor; quedándose en él para siempre con los que amaba, para templar con esta compañía la amargura que nos causa hoy su ausencia. Meditemos por algunos momentos tantas finezas de amor. *Ave Maria.*

Era muy justo, hermanos míos, que el hombre, á quien su soberbia había precipitado de una elevación que no pudiera merecer, al abismo de una miseria que no le fuera dado evitar por otro medio, se humillara todo lo posible para reparar su caída; esto era muy regular, digo; mas que un Dios, á quien por la más inviolable justicia son debidas las adoraciones de todas las criaturas; que un Dios, incapaz de reconocer otro principio y de dirigirse á otro fin que á su misma divinidad; que un Dios, que en su inmutable naturaleza reúne cuanto puede contribuir á la gloria infinita de su majestad; que un Dios, supremo señor y absoluto dueño del universo, se humille, deje obscurecer el resplandor de su gloria, sólo por engrandecer á la vil criatura, que correspondiendo con la mayor ingratitud al amor sin limites que le habia profesado, se habia rebelado contra su adorable majestad; esto es una cosa extraordinaria; esta conducta es enteramente desconocida del hombre, una conducta que sólo puede dirigir la caridad más acendrada.

¡La caridad! ¿Quién sino ésta pudiera obligar al Unigénito de Dios á que descendiese del elevado trono de los cielos, para confundirse entre los miserables habitantes de la tierra? Tocaba ya en el término de su carrera mortal este padre de bondad en cuya critica circunstancia es preciso que se aumentara, que se manifestara por todos los medios posibles aquel amor inmenso, precisándole á arriesgarlo todo, á sacrificarlo todo por el hombre, que de ningún modo podia salir de su miseria sino por la humillación.

La continuada experiencia, las lecciones más instructivas, los más expresos y repetidos preceptos, nada parecia poder arrancar del corazón de esta vil criatura la soberbia que era la raiz de todo su mal: para conseguirlo era necesario recurrir al último extremo; éste no era otro que un ejemplo el más eficaz. Con este objeto, concluida la misteriosa cena, en que Jesucristo habia dado á todos y cada uno de

sus discípulos las pruebas más palpables de un amor el más intenso, como si no fuera suficiente para ello el haber cubierto su gloria con el velo de nuestra naturaleza, y ocultado su santidad esencial sujetándose á las miserias que en todos los hombres son efecto de su pecado, resuelve hoy desfigurar su grandeza, disfrazar su majestad, descendiendo hasta á ocuparse en el ministerio más infimo: hace sentar á sus discípulos, y ceñéndose una toalla y poniendo agua en un lebrillo, se arrodilla y se empeña en lavarles los pies.

¿Cómo es posible formar idea de una humillación tan heroica? ¿Quién, á no asegurarlo los sagrados evangelistas, dejaria de tenerlo por una paradoja? Cuando lo considero con más atención, tanto más me confundo y me pierdo en inútiles reflexiones.

¡Ah! qué es el hombre, si se compara con su Dios? ¿Qué es el hombre, aun prescindiendo de esta comparación? Qué es el hombre en sí mismo? Para conocerlo, no necesitamos consultar cosa alguna exterior; dentro de nosotros mismos tenemos testimonios bien degradantes, testimonios que á pesar nuestro y para nuestra confusión se presentan en todas partes, á todas horas, en todas circunstancias. A ninguno puede ocultársele su ignorancia, su debilidad, su imperfección y miseria. Tal es el hombre y más aún, el único entre todas las criaturas corpóreas que se ha degradado, que ha merecido ser, y ha sido positivamente despojado por su soberbia de la belleza, de la justicia, del honor, del derecho á la gloria que recibió gratuitamente con la vida; el único entre todas ellas que se ha atraído el odio y la maldición de un Dios, que le habia formado precisamente para colmarle de bienes y bendiciones. Esta consideración hizo que el santo Job tuviera por ajeno é indigno de la divina Majestad el fijar su vista en el hombre, y aun, que le llamara á su presencia para juzgarle; en cuyo caso qué tiene de particular que Pedro se admire, se resista, se niegue absolutamente á presentar sus pies inmundos al Señor, que se los pedia para lavar? Nada, nada tiene de extraño, antes bien esta resistencia manifiesta en cierto modo su humildad; pero es incomparablemente más profunda la de su divino Maestro, quien no dándose por satisfecho con manifestar su designio á los discípulos, les hace ver que á toda costa está resuelto á ponerlo en ejecución. Al efecto, y no siendo suficiente declararles que tiene para ello motivos que después les haria saber, recurre al imperio, y luego á las amenazas, por cuyo medio logra convencer al discípulo y reducirle á la debida obediencia.

Venid, hombres orgullosos, venid al cenáculo, y veréis al más grande y poderoso de los reyes, á todo un Dios postrado á los pies de sus criaturas: venid y le veréis arrodillado en presencia del más



perverso de los hombres, del más abominable de los monstruos. Orgullosos fariseos, tú que suponías indigno de la grandeza de un profeta que permitiera lavar sus pies con las lágrimas de una pecadora reconocida, ven, entra en el cenáculo, y verás á ese mismo Señor, no un mero profeta, sino el que inspiró á los profetas de todos tiempos, lavando con sus hendidas manos los pies de un obstinado y horrendo pecador, purificándolos é imprimiendo en ellos sus purísimos labios: mirale, y cubierto de confusión, adora á quien te da un ejemplo tan singular de humildad y de amor.

¡Oh humildad, oh amor de Dios para con el hombre! Un Dios que para nada puede necesitar á sus criaturas; un Dios cuya gloria se manifestaría del mismo modo en el castigo ejemplar del pecador, que en el perdón más benigno; un Dios á cuya penetración no puede ocultarse la felonía de Judas, la negación de Pedro, el abandono de los demás discípulos; ese Dios bueno y misericordioso por esencia, todo lo olvida, en nada se detiene, á todos manifiesta una ternura verdaderamente paternal; este Dios grande se humilla, sólo porque les ama; el deseo de hacerlos felices le obliga á buscarlos por los caminos más escabrosos, por los de la humillación y abatimiento, sin cuya práctica sabe muy bien que no pueden salir del profundo abismo de miseria en que los ha precipitado su orgullo.

Tal es la benignidad de este amantísimo Padre, que no se contenta con tales demostraciones de amor, sino que quiso darnos la última fineza de su ardentísima caridad, instituyendo el adorable sacramento del altar. Sí, hermanos míos, para no apartarse un punto de los que amaba, ni perder un instante de estar con ellos, ideó hoy ocultarse en esa sagrada Hostia, para servirles siempre de dulce convite y acompañarles siempre en esta mesa divina.

¡Ah, hermanos míos! ¡cuán hermosamente estaba simbolizado este misterio de amor en aquella piedra del desierto, de que nos habla Isaías y el apóstol San Pablo! ¡Cuándo, hermanos míos, la piedra del desierto no brotó dulzuras para el pueblo escogido? ¿Qué era aquella agua milagrosa que hizo brotar la omnipotencia del Señor de la piedra, sino la figura de la sangre de Cristo, que, como él nos dice, es verdadera bebida? Pero á qué impulso dió de sí tan dulces aguas la piedra del desierto? ¿Tomó Moisés aquella vara con que hizo tantos portentos, como ya sabéis, y haciendo con ella en la piedra dos heridas, inmediatamente se desató toda en dulces aguas? ¿A fuerza de golpes dió aquella piedra el raudal de sus entrañas, y no de otra suerte, que á fuerza de dos heridas, manasteis, ¡oh Jesús amoroso! ese licor precioso de vuestras venas? Así respondisteis, en esta

hora, á la ingratitud de dos discípulos, que con dos grandes golpes hirieron tu corazón amante: uno entregándote traidoramente á tus enemigos y otro negándote con infidelidad y desconociéndote por su maestro.

En efecto, hermanos míos, ¿cuándo obró aquella fineza tan inaudita de amor? ¿En qué ocasión dispuso una maravilla tan grande como la sagrada Eucaristía? En la misma noche en que había de ser vendido, en la misma hora en que había de verse preso. ¡Oh divino amante! ¿Y en esta misma noche os prevenisteis á acción tan piadosa? Sí, católicos, en esta noche misma, porque esta es la noche de su piedad, esta es la hora de su piedad, esta es la hora de sus mayores ansias, y en fin esta es la hora de derretirse hasta las mismas piedras. Por esto instituyó hoy este sacramento soberano, donde desleída á tanta ternura esta piedra, se nos dió en manjar suave y bebida deliciosa, para que bebiésemos siempre de sus espirituales dulzuras.

Ved aquí, aunque mal pintado, el amor de Cristo para con los suyos: ved también á Su Majestad triunfante del odio y vencido del amor. Resta ahora exhortaros á su ejemplo, como lo hizo Jesús con sus discípulos: *Exemplum enim dei vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis*. Cristo tan amante de nuestra pureza, que por lavar las más leves manchas, se abate á los pies de los hombres (que eso significa propiamente lavar hoy los pies á sus discípulos); y nosotros tan omisos en precevar las más graves y enormes. Cristo tan cuidadoso de nuestro bien, que para alimentarnos se dió por pasto á sí mismo, convirtiéndolo en pan de vida su sagrado cuerpo, y en bebida su preciosa sangre; y nosotros tan insensibles á las miserias de los pobres, que sin compasión á veces dejamos de socorrerlos en sus más apremiantes necesidades. ¡Oh qué dolor! ¡qué diversa es esta conducta de la de Cristo!

Consideremos que las lecciones que da un padre á sus hijos, cuando se halla postrado en el lecho del dolor y próximo á morir; cuando rompiéndose el velo con que tenían sus ojos vendados las pasiones, distingue la verdad de la mentira, la realidad de la sombra, los intereses verdaderos de los aparentes; son las más sabias é instructivas, y que por tanto no pueden menos de serlo éstas que nos da nuestro adorable Redentor, pocas horas antes de su sacrificio, de aquel sacrificio á que se entrega, no por necesidad, sino voluntariamente por nuestro amor. Consideremos, por último, que acompaña esta lección de heroica humildad, con los testimonios más relevantes de su caridad, de su ternura y benignidad, precisamente en el momento en



que por un prodigio que no ha tenido ni tendrá semejanza, nos deja para siempre su cuerpo sacratísimo por prenda de su amor.

Y vosotros, hermanos míos, atended también á este ejemplo; y cuando Cristo os llama *suyos* por el amor, no os hagáis ajenos de él por la ingratitud. ¿Podré esperarlo de vosotros, amados oyentes? ¡Oh cómo me temo que no, porque es mucho lo que puede la mundanal soberbia! ¿Cuántos habrá en mi auditorio que aun á vista de este ejemplo no quieran perdonar á su enemigo, no quieran humillarse por el bien de su hermano, y aun después de haber oído este amor de Cristo, se lleven en el corazón todo su odio? Pues no ha de ser así, oyentes míos, no ha de ser así; fuera desde ahora sinrazones: ya no más, Señor, ser ingratos, ya no más ser desatentos. Mas para esto, Señor mío, ayúdenos vuestro dulce amor; aquel amor con que lavaste hoy los pies á Judas; aquel amor con que intuiste ese Sacramento; y finalmente aquel amor con que te despediste hoy de los tuyos que estaban en el mundo. ¡Así lo habéis de hacer, oh divino amante! por la gloria que os dieron los ángeles viéndoos arrodillado á los pies de vuestros discípulos; que nosotros rendidos y postrados, como debemos, á los vuestros, os ofrecemos desde hoy una voluntad tan fina, tan constante, y tan arreglada á lo que merece vuestro amor, que no haya punto ni instante en que no os amemos, teniendo siempre presente nuestro amor sin fin, *in finem*, para que nunca tenga fin nuestro amor. Así lo esperamos, Señor, de vuestra clemencia, mediando para ello vuestra gracia, que es prenda segura de la gloria. Yo os la deseo.

## LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

*Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*  
Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

(S. JUAN, c. XIII, v. 1.)

Si es ingenioso el amor y si produce siempre grandes y nobles esfuerzos, hermanos míos, es principalmente al fin de la vida, cuando manifiesta sus más bellas invenciones y sus más generosos empeños. Como parece que sólo puede vivir en la compañía del objeto amado, si alguna vez se ve amenazado de una eterna separación, procura fijarlo en su memoria con la misma fuerza con que una ley fatal lo aparta de su presencia. Por esto los amigos y los amantes mezclan ordinariamente acciones y palabras muy notables con el pesar y las lágrimas del último adiós, y la historia nos conserva preciosos detalles de las cosas que sobre esto ha podido penetrar; detalles que son y serán siempre el embeleso y el encanto de todas las almas sensibles.

La historia santa, á pesar de ser tan laconica y circunspecta en todo lo demás, no las olvida sin embargo, y tenemos de ello una hermosa prueba en el Evangelio que os he citado. San Juan, el discípulo del amor, ese privado del Salvador, que en aquellos solemnes y augustos momentos mereció descansar en su divino seno y conocer allí las profundidades del amor inmenso, nos refiere en él y se detiene más que los otros evangelistas en hacernos comprender toda la eficacia y energía del amor con que Jesucristo nos amaba.

¡Ah, hermanos míos! Es tan magnífico el cuadro que se presenta hoy á nuestra vista, es tan bello, tan brillante y tan inmenso, que seguramente lo comprenderíais mejor, si, postrados y confundidos delante de ese tabernáculo del Dios vivo, adoraseis su majestad y contemplaseis con humildad y con fe á Jesucristo, escondido en aquel pan bendito bajado del cielo para darse en alimento á los elegidos del Señor; si, lo comprenderíais mejor que al esfuerzo de las



palabras humanas, indignas todas de tan grande panegirico. Pero ya que es preciso hablar, procuraré hacerlos entrever que en la institución de la Eucaristía agotó Jesucristo toda la fecundidad del divino amor. He aquí el asunto de mi discurso. Pidamos los auxilios de la gracia, por la intercesión de la santa Virgen. *Ave María.*

El amor verdadero, no sólo se declara, hermanos míos, sino que se demuestra con obras, y si le es posible, no sólo se declara y se demuestra, sino que, según la bellísima expresión del apóstol San Juan, se da todo entero y sin reserva. Por eso Dios, que es el amor puro, el amor perfecto, el amor absoluto, no sólo se declaró y se demostró, sino que viendo que la naturaleza humana se mantenía aún insensible á la suavidad de sus complacencias y al esplendor de sus encantos, le dió por fin á su Hijo único para que la rehabilitara y sacrificara, y pudiera así anejarla en los océanos infinitos de su amor. Por esto también ese Hijo, imagen de la bondad del Padre y figura de su substancia, vestido de nuestra carne y habitando entre los hombres, lleno de gracia y de verdad, no sólo se declaró y se demostró, sino que se dió todo entero á la naturaleza humana redimida á fin de consumir su rehabilitación, transfigurándola y transubstanciándola en la naturaleza gloriosa de Dios.

He aquí por qué todo es amor en Jesucristo y por qué lleva este amor por el hombre hasta los más inconcebibles abatimientos, hasta la insensatez, según la poética expresión de San Bernardo; la insensatez de la eucaristía y de la cruz.

Estudad bien su carácter y veréis que todas sus acciones y conducta corresponden siempre perfectamente á la más excelente idea que podamos tener de un buen corazón y de un verdadero amigo de los hombres, pues en él solo es en quien se halla esta tierna é interesante disposición, sin mezcla alguna de defectos que la alteren ó la oscurezcan y sin desmentirse en ninguna situación. Parece que sólo teme que los hombres no están bastante convencidos de que su felicidad es el único objeto de su trabajoso ministerio y de sus más vivos deseos. Sus mismos milagros son también efusiones de sensibilidad y de amor, y se manifiesta siempre más ocupado del placer de hacernos bien, que del cuidado de hacernos adorar su poder. No, de todos cuantos prodigios obra para convencer al mundo de que es Dios quien lo envía, no hay uno siquiera que no haya dilatado un corazón alligido, enjugado lágrimas, socorrido necesidades, consolado algunos desgraciados ó restituido la vida y la alegría al seno de la naturaleza angustiada.

Pero si en todo el curso de su vida declaró y demostró así tanto cariño á los hombres, cuando se acercaba el fin, su ingenioso amor supo hallar un nuevo medio para quedarse entre nosotros. Su amor entonces hizo los últimos esfuerzos para agotarse y darse todo. No es necesario más que referir sencillamente aquella escena para enternecer y arrancar lágrimas.

Jesús, dice San Juan, sabiendo que se acercaba la hora en que debía volver al seno de su Padre, se retira por la última vez con sus discípulos, y como había amado con el más fuerte amor á los suyos, á quienes iba á dejar en medio del mundo, quiso manifestarles hasta el fin cuanto les amaba. Á este efecto toma el pan, prosigue el Evangelista, y teniéndolo en sus manos, levanta al cielo los ojos en los cuales estaba pintado todo el ardor y toda la vivacidad de un amor impaciente por echar el sello á todos sus beneficios, y presentándose á los apóstoles, les dice así: «Tomad todos y comed; este es mi cuerpo.» ¡Ah! sólo esta invención del poder del Altísimo corresponde á la grandeza de sus designios sobre vosotros y completa todo el deseo de mi caridad.

Entonces todo cuanto la elocuencia de un corazón triunfante, con haber sabido dárlo todo á quien ama tanto, tiene de más vehemente y enérgico, se ve resplandecer en todos los movimientos y discursos de Jesucristo. Ya pueden mis enemigos, exclama, derramar sobre mí todo el torrente de su saña y de su furor; mi corazón está pronto; mi amor no tiene ya más dones que derramar; ved cómo todo es para vosotros, y el seno de la magnificencia divina nada encierra más precioso que lo que ahora poseéis. ¡Ah! mi impaciente ternura no veía llegar este momento tan notable y solemne para vosotros y para mi corazón.

Entonces sirvió este corazón oprimido de ternura; su amor absorbía todos sus movimientos é ideas y ya moría de amor antes de padecer en los tormentos. Yo voy á dejaros, discípulos míos, añade luego el divino Maestro, pero no se turbe vuestro corazón. Creed en Dios; creed en mí también, y sabed que hay muchas moradas en la casa de mi Padre. ¿Podréis creer que yo quiera entreteneros con una vana esperanza, y que en este momento en que voy á morir os asegurara que es por adelantarme para preparar vuestros asientos en el reino de mi Padre, si yo no sintiese en mí el convencimiento de la verdad y el poder necesario para cumplir todas mis promesas? ¿Sería posible que después de haber vivido tanto tiempo entre vosotros no me conocieseis aún, y que no estuvieseis seguros de que mi Padre está en mí y yo en mi Padre?... Acordaos de mis obras y juzgad. No:



al morir mi corazón no padece la pena de dejar en vosotros unos huérfanos que todo lo van á perder. Dentro de poco no me verá ya más el mundo, pero vosotros me poseeréis siempre. Yo os dejo mi carne y mi divinidad en este sacramento inefable: sea este pan para vosotros el pan de cada día, y yo os aseguro que poseeréis la vida eterna; porque así como yo vivo eternamente, vosotros viviréis también de la misma vida. El que come dignamente mi carne, sobrevive á todo, no puede morir. En el gran día de la eterna é irrevocable adopción en el origen eterno de la vida, será cuando conoceréis y veréis cómo en este pan sagrado que os dejo, yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros.

Es imposible, católicos, escuchar semejante lenguaje sin sentir un estremecimiento simpático de dulzura y de amor que no puede expresarse ni concebirse siquiera. En tales casos necesita á veces el justo distraerse para no morir de ternura y de alegría. En el Tabor Jesucristo se había transfigurado en gloria; en el Cenáculo se transfiguraba en amor, y agota su omnipotencia, y abraza el universo. Pero veamos el fin de aquella inexplicable escena.

Habiendo así hablado Jesucristo, prosigue el Evangelista, levanta al cielo los ojos y exclama: «¡Padre mio! he aquí la hora en que va á cumplirse el más grande de todos los acontecimientos. Glorificad á vuestro hijo para que vuestro hijo os glorifique y sea por él conocido y adorado vuestro nombre en todo el universo. Vos le habéis hecho jefe de la naturaleza humana y revestido de poder para gobernar eternamente las naciones de la tierra, para que comunique la inmortalidad á todo cuanto le habéis dado. ¡Padre mio! yo os ruego por todos los que habéis confiado á mi ternura y á quienes he hecho conocer vuestra verdad eterna. Ellos son vuestros, puesto que me pertenecen á mí, porque mi posesión es la vuestra y vuestra posesión lo es mía... Ahora yo dejo el mundo, mas ellos quedan en él... ¡Padre mio, Dios santo! conservad lo que me habéis dado y me es tan amable, para que ellos formen un solo cuerpo conmigo, así como nosotros formamos desde la eternidad un solo espíritu y una misma inteligencia. ¡Padre mio! no os pido que los saquéis del mundo; pero os suplico que los preservéis de su maldad. Mientras yo he vivido entre ellos, los he conducido, consolado y guardado en nombre vuestro; mas ahora van á dejar de verme y oírme... ¡Padre mio! conservadlos en la verdad. Ante ellos os dirige estos últimos votos el amor que les profeso, para que la alegría que les causa mi presencia no se debilite con mi regreso hacia vos, sino que antes bien crezca todos los días hasta el momento en que vean sus ojos á quien tanto les ha amado.

Y no es sólo por ellos por quienes os suplico, sino por todos aquellos á quienes anunciaren mi palabra y crean en mí en virtud de su predicación; para que los justos de todas las edades formen un solo cuerpo, y que así como vos, oh Padre mio, habitáis en mí y yo en vos, ellos sean también una misma cosa con nosotros y eternamente adoptados y consumados en la unidad de nuestro grande esplendor.

Insiste aún después que sabe todo lo ha dicho. Su corazón está tan lleno de esta idea, que cree no hacer nunca demasiado para llenar el alma de los que le escuchan. El amor no sabe acabar jamás. ¡Padre mio, continúa, Dios santo y siempre adorable! sí, yo quiero que á donde voy vayan también todos los que me habéis dado, para que vean mi gloria, y cómo me habéis amado desde antes que hubiere un universo. Quiero que todos los brillos de la grandeza que poseo en vuestra inmensidad se comuniquen á ellos, que todo el torrente de vuestra bienaventuranza corra por entre sus corazones, que todo vuestro amor por mí se derrame sobre ellos y los envuelva conmigo en la eterna inmutabilidad de nuestros gozos.

¡Habéis comprendido, amados míos, cómo debía estar el corazón de Jesucristo en aquellos momentos últimos de su vida para apresurarse de un modo tan nuevo y tan extraordinario? ¿Quién dió jamás un realce tal á la ternura? No; no es bastante fuerte el corazón humano para concebir un amor de esta energía y formar unos votos tan extensos. Sólo Jesucristo podía mostrarnos un amor de esta naturaleza en el momento en que acababa de hacernos la mayor de las finezas, en el instante en que, abrasada su purísima alma por haber obrado el más grande de todos los portentos en favor de los hombres, estaba satisfecho su mismo amor por haberlo dado todo á su pueblo querido; por no tener, ni saber, ni poder tener ya nada más grande ni más glorioso para sus elegidos.

Jesucristo, pues, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Á la manera que un Padre amoroso que viendo acercarse su última hora consuela á sus hijos del dolor que debe causarles su separación reuniendo todas las fuerzas de su cariño para dejarles una memoria indeleble de la ternura con que los amaba, Jesucristo como padre, como amigo y como amante lo hace todo, y ya no puede hacer más.

Porque, reparado bien, hermanos míos; la mayor fineza que pueda hacer un amante es darse á sí mismo. Todo cuanto no es su propia persona es poco interesante; porque no hay cosa alguna que pueda uno amar tanto como á sí mismo, y como el valor de una dádiva se gradúa siempre por el aprecio en que se tiene la cosa que se da, nada



hay más generoso ni fineza igual á la de dar el cuerpo y el alma en regalo del amado. Por esto nuestros libros santos no saben expresar mejor el amor de un Padre que en el deseo de darse por sus hijos; el cariño de un pastor que en el de dar su vida por sus ovejas; el afecto de una esposa santa que en el de darse toda por su amado; y el amor de Jesucristo no, no podía expresarse mejor tampoco, que dándose todo entero; su cuerpo, su alma y su divinidad con toda la infinidad de sus gloriosas perfecciones.

Repitámoslo, pues, para nuestro consuelo, hermanos míos; Jesucristo en la institución de la Eucaristía agotó la fecundidad del divino amor. Un Dios infinito en sus perfecciones, omnipotente en sus obras, eterno é inmortal en sus grandezas; una Hostia pura, santa é inmaculada, pan santo de vida eterna, y cáliz de perpetua salud: un sacerdote santo, inocente, segregado de los pecadores y más sublime que los cielos; un hijo imagen de la bondad del Padre, esplendor de su gloria y figura de su substancia; ¿creéis que podía habérsenos dado una cosa más excelsa? ¡Testamento admirable, en el que el testador es porción de la herencia, el padre patrimonio de los hijos, y Dios el legado de los cristianos! ¡Inefable y riquísimo misterio, donde se ostenta todo entero el amor de nuestro dulcísimo Jesús!

Si, el amor de nuestro dulcísimo Jesús; porque el amor verdadero, el amor puro y perfecto pone el corazón en un éxtasis suavísimo, haciéndolo salir como fuera de sí para irse á juntar con el objeto amado. El amor sincero es una inclinación igualmente suave y violenta que saca al alma fuera de sí misma para unir la y fijarla en el objeto de sus ansias: es un desapego, una renuncia, una abnegación voluntaria de sí mismo para vivir solamente en el objeto amado. Por esto se dice comunmente que dos amigos no son más que una sola alma ó que están animados de un mismo espíritu. Y Jesucristo que había venido á la tierra, no á destruir los movimientos de la naturaleza, sino á perfeccionarlos y santificarlos, no sólo se da por los que son sus amigos, sino que hace aún más; se une á ellos, instituye un sacramento de amor para mancomunarse con ellos y para que todos sus amigos vivan la misma vida que vive él con su Padre celestial.

Buscad ahora un idioma que sea capaz de narrar todas estas maravillas, y las maravillas sensibles y prácticas que el mundo atónito ve surgir todos los días en su seno por la influencia y la virtud de ese sacramento del amor. Una reina del Oriente mandó disolver en su copa una perla de incomparable valor y la bebió después de un lujurioso festín, creyendo exceder así todas las vanidades de las riquezas y del lujo. ¡Ah El Rey del cielo y de la tierra ha querido que

el más humilde y desvalido de sus hijos fuese más fastuosamente servido en su santa mesa que el más grande de todos los monarcas, y en la copa que él mismo le presenta ha disuelto una perla de tal belleza, que todos los reinos del mundo y todos los mundos del firmamento no serían suficientes para pagar su precio, una perla de tan gran virtud que extingue hasta la misma sed de la eternidad y deja completamente satisfechos los deseos que la opulencia y la grandeza no hacen más que irritar hasta la muerte.

Sólo Jesucristo era capaz de tan sublime concepción, que no tiene modelo ni en la naturaleza ni en el cielo. Como remedio y como alimento lo es siempre todo para todos. Es el pan del sacerdote á quien comunica las más fecundas virtudes y el heroísmo de todas ellas. Es el pan de los reyes cuya grandeza, que honra siempre todos los banquetes, es honrada por él y ennoblecida con resplandores á que no puede igualar toda su gloria. Es el pan de los pobres, el único que jamás piden en vano y que no tiene para ellos mezcla alguna de amargura. Es el pan de las vírgenes, la divina levadura que las hace germinar y brotar flores de la más encumbrada santidad. Es el pan de los adolescentes que reciben con él el germen de todas las virtudes y las semillas de su futura suerte. Es el pan de los ancianos que hace correr una nueva existencia por sus miembros rejuvenecidos con la substancia del Dios vivo. Es el pan de los fuertes y de los débiles, de los justos y de los pecadores, de los reconciliados, de los dichosos y de los atribulados, de todos en fin los que tienen deseos en su corazón de amor divino y quieren pasar de las tinieblas á esa fuente de luz. Todas las necesidades humanas proceden originariamente de la soberbia ó de la gula; de la soberbia que personifica todos los pecados del espíritu, y de la gula que personifica todos los pecados de la carne; de la soberbia que en el paraíso fué el principio del pecado, y de la gula que lo consumó. En la Eucaristía, destruye Jesucristo la soberbia haciéndonos dioses, y satisface completamente la gula dándonos un bocado de vida eterna. En una palabra; el amor sugirió á Jesucristo la institución de la Eucaristía no sólo para extinguir todas las necesidades, sino el mismo germen de todas ellas, y si en la cruz mató á la muerte, en ese sacramento de vida mató hasta los pretextos de la muerte, y lo venció todo y hasta El mismo quedó vencido colocándose en la impotencia de poder hacer ya nada mejor en obsequio de su criatura, ni aun en el cielo, cuya felicidad no es otra cosa que una comunión sempiterna de verdad y de amor.

¿Deberé detenerme ahora en manifestaros lo que de nosotros exige Jesucristo en ese sacramento del amor inmenso agotado por nos-



otros? ¡Ah! Esto sería quizás hacer agravio á vuestra piedad y más que todo á vuestros naturales instintos, porque el agradecimiento y la correspondencia son innatos y espontáneos en el hombre y sobre todo en el hombre iluminado por la luz del Evangelio. Con decirnos, pues, que contempléis con humildad y con fe ese inefable y augustísimo misterio os lo habré dicho todo, porque aquí la contemplación no puede dejar de encender el amor, y el amor tiende siempre á la acción, á la posesión recíproca, al término supremo de la unión que es la fusión, la más íntima posesión de dos seres el uno en el otro en dulcísima unidad, único y exclusivo deseo de nuestro amante Salvador en la institución de la adorable Eucaristía.

¡Divino Jesús mío! hacéndonos, pues, la gracia de que se cumplan en todos nosotros estos amorosos designios, y recibid desde ahora la mística ofrenda que os hacemos de toda nuestra existencia para que sea consumida en las aras de vuestro amor. Bendecidos por fin á todos, Dios mío, para que la caridad que enciende ahora en nosotros el sacramento de vuestro amor, vaya creciendo todos los días hasta verla consumada en el cielo. *Amén.*

FIN DEL TOMO PRIMERO

## INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.
PRÓLOGO . . . . .	v
Cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, referentes á Nuestro Señor Jesucristo. . . . .	1
El cumplimiento de las profecías, prueba la Divinidad del Salvador. . . . .	9
Jesucristo anunciado en las figuras del Antiguo Testamento. . . . .	18
Preexistencia de Jesucristo en la nación hebrea. . . . .	26
Lo que ha sido Jesucristo antes de los siglos. . . . .	34
Lo que ha sido y es Jesucristo desde el principio hasta el fin de los siglos. . . . .	39
Lo que será Jesucristo por toda la Eternidad. . . . .	43
De la Encarnación del Verbo. . . . .	47
El Misterio de la Encarnación. . . . .	54
La Natividad de Jesucristo. . . . .	61
Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. . . . .	71
Circuncisión de Jesucristo. . . . .	77
De la Circuncisión. . . . .	89
El nombre de Jesús, impuesto en la Circuncisión del Señor. . . . .	96
Del dulce nombre de Jesús. . . . .	103
Del dulce nombre de Jesús. . . . .	113
Epifanía. . . . .	123
La Adoración de los Reyes. . . . .	134
Presentación de Nuestro Señor Jesucristo en el Templo. . . . .	142
Jesucristo en brazos de Simeón. . . . .	149
Huida de Jesús á Egipto y Degollación de los Inocentes. . . . .	153
Jesús en el Templo. . . . .	161
Jesús en Nazareth y en el Jordán. . . . .	169
El Bautismo de Jesucristo. . . . .	176
Bautismo de Jesucristo. . . . .	183
Jesucristo amable por excelencia. . . . .	191
Jesucristo amable por excelencia. . . . .	199
Jesús el amado por excelencia. . . . .	205
Jesús el amado por excelencia. . . . .	212
Jesús en el Desierto. . . . .	217
La Tentación en el Desierto. . . . .	223
Tentación en el Desierto. . . . .	233
Las bodas de Caná. . . . .	240
Las bodas de Caná. . . . .	249